

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenecen. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi. — Las hijas de la caridad poesía, por María Hurtado. — ¡Hay mas allá!, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez. — Un reino por un azor, por L. M. — Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS A JULIA.

(Continuacion.)

V.

Mi marido, además de su genio avieso, era como te he dicho, avaro, y aguijoneado por la codicia comprometió su fortuna en aventuras especulaciones, en tales términos, que tuvo que solicitar un modesto empleo para poder subsistir, viéndome yo por lo tanto precisada a renunciar a mis pacíficas costumbres y dar un adiós a mi tranquila aldea.

Tuve valor para no quejarme, y lejos de eso procuré aprovecharme del abaliminetto de

mi marido para insinuarme en su corazón y tomar algun ascendiente sobre su espíritu.

Me dediqué a estudiar las causas de nuestra desgracia, procure repararla con mis economías; ya te diré en otra ocasión las amargas privaciones que tuve que sufrir entonces, busqué los medios de sacar algunas ventajas de lo que se habia perdido, y Dios me iluminó tan bien, que al cabo de algunos años pude recabar de mi marido que se volviese a poner al frente de sus haciendas, ya casi desempeñadas y no se entregase a ninguna especulación sin consultarla antes conmigo.

Conseguí más, Enriqueta: conseguí que él tan avaro, tan desconfiado, me entregase las llaves de su gaveta, disponiendo yo del dinero como mejor convenia al bien de todos, y no debí hacerlo tan mal, por cuanto, si una desgraciada operacion no hubiese comprometido la fortuna de Eduardo, tú sabes que era bastante rico.

¿Lo creerás? Mi marido fué refrenado poco a poco su genio violento, y concluimos por vivir tan en paz, que él todo lo sacrificaba a

mi tranquilidad, y espiró colmándome de bendiciones.

Pero esta carta se vá haciendo interminable y me veo precisada á dejarla para continuar mañana.

VI.

Yo habia escuchado en silencio, querida Julia, aquella larga relacion; pero al llegar aquí no pude menos de interrumpirla, exclamando con amargura:

—Yo tambien quise dirigirme esta mañana al corazon de mi marido, y lo encontré cerrado. Al decirle algunas palabras, á mi parecer sensatas, me volvió la espalda y se marchó.

—Y sin embargo, repuso la abuela, debes confesar que tu marido es bueno, que tiene un carácter apacible y que te ama; pero ya te he dicho antes que la estimacion no se conquista en solo un día. Para adquirir cualquiera frívola habilidad, se necesitan años y años de paciencia y de ejercicio, ¿y quieres que una cosa tan hermosa y trascendental como lo es la estimacion, se consiga sin esfuerzo? Yo tardé mucho en construir el edificio, y lo construí piedra por piedra, puesta la una sobre la otra, con la frente inundada de sudor.

Veamos: empecemos por el principio, por la base, porque cuando la base no es sólida, el edificio se derrumba pronto.

Respóndeme sinceramente: cuando tu madre te habló de casamiento, uno de tus primeros y mas hermosos sueños, no fué el de ser ama de tu casa?

Yo callé, Julia, porque los ojos penetrantes de la abuela, fijos en mí, parecían leer hasta en lo más profundo de mi alma.

—Yo te diría lo que has soñado, prosiguió ella sonriendo; pero es inútil, porque tú bien sabes hoy que un marido no es un amante, que no es un adorador ocupado esclusivamente en adivinar y complacer los caprichos de su dama, sino un hombre que, abrumado con sus negocios, con sus disgustos exteriores, porque el hombre tambien, Enriqueta, tiene batallas que sostener, que no por ser distintas,

son ménos dolorosas que las nuestras, se cuida poco del interior de las nuestras, se cuida poco del interior de su casa. Es, pues, en su casa donde la muger puede y *debe* reinar, pero veamos cómo. Si la recién casada es frívola, si gusta del lujo, si se muestra inclinada á sacrificarlo todo á la riqueza de sus trajes y á las exigencias de la ostentacion, su imperio, el imperio que le habia tocado en justo y equitativo lote, será muy pasajero. El jefe de la familia no tardará en retirar el poder de sus manos, torpes é inespertas, y en volver á poner bajo tutela á la que vé dispuesta á obedecer al capricho más bien que á la razon. Entonces la esposa se irritará, llamará injusticia, avaricia, quizás y tiranía, al justo freno que pone á su ligereza; empezarán las disputas, las re- criminationes, y la discordia y la desdicha entrarán en el sagrado doméstico, tal vez para no salir jamás.

Al contrario sucede á la muger prudente, que empieza por cumplir sus deberes, antes que hacer valer sus derechos en la participacion del mando. Ella no quiere que á los cuidados exteriores, que á las inquietudes de los negocios, y acaso de sus pasiones, escitadas por las luchas consiguientes á su distinta posicion, se unan las rencillas y las incomodidades domésticas, sufridas por el marido con tanta más impaciencia, cuanto tiene derecho á exigir que su compañera vele para que todo respire en su casa paz, orden y armonía.

Ahora bien, esta paz, este orden, no se puede conseguir sino á costa de muchos afanes, consagrandó muchas horas á una sábia administracion, procurando que los criados, que los hijos más tarde, cumplan estrictamente sus respectivos deberes; y esto, lo repito, no es una cosa frívola que el ama de casa puede alcanzarla corriendo por las noches de baile en baile, y pasando sus mañanas en la cama ó en el tocador. No creas que esto sea un reproche, Enriqueta; eres aun muy niña, y sé que no te han enseñado otra cosa. Mi objeto, al hablarte así, es solo demostrarte cuál es la verdadera caja de Pandora, de la cual pueden salir todos los bienes y los males á la vez. Pero prosigamos: el hombre que vé en su com-

pañera un sér laborioso é inteligente, lleno de buenos deseos, y dotado de una actividad incansable, ni siquiera piensa en disputarla el mando: lejos de eso cada dia se vé dispuesto á hacerla una nueva concesion.

—Y á veces acaba por abdicar ¿no es cierto interrumpí yo riendo.

—No: repuso la abuela. El marido es un rey absoluto, y la mujer su primer ministro; pero si el primer ministro tiene virtudes y talento, puede trasformarlo en un rey constitucional.

Nada mas, Enriqueta, porque si pretendiese traspasar este limite, ó se espone á perderlo todo, ó á que la poca consideracion de que rodea á su marido recaiga sobre sí misma y la cubra de ridículo.

Ténlo presente: es preciso que el rey constitucional sea un rey rodeado de todo el esplendor de su pompa, y que nadie, menos aun que nadie, él mismo, sepa que reina y no gobierna. Volvamos á nuestro tema.

Hemos dicho que la autoridad de un dia de de la recién casada, no se convierte en autoridad duradera mas que por medio de un trabajo incesante, aplicado á cumplir los deberes que adquirió al aceptar el matrimonio. Su cumplimiento, despues de haber dado á la mujer el derecho de dirigir su casa, la conduce, antes ó despues, á ser la consejera de su marido en todos sus negocios, y su consuelo cuando la suerte deja de sonreirle; porque es muy raro, casi sin ejemplo, que el hombre que ha reconocido en su compañera un sano juicio, un espíritu recto de orden y de justicia, no la consulte cuando le preocupe algun proyecto grave, y entonces los poderosos lazos del interés se unen á los del amor, para estrechar indisolublemente los santos nudos del matrimonio.

(Continuad)

Angela Grassi.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD.

*Ángeles en forma humana
rayos de amor y de gracia,
virgenes que la desgracia
dulcificais con amor
yo os saludo y os admiro
flores de santos aromas,
castas y bellas palomas
de puro y cándido amor.*

*Yo os saludo y os admiro
ángeles de la clemencia,
flores de santa inocencia
que unas de otras en pos
vais derramando en la tierra
el pudor y la dulzura,
el perdon y la ventura
del santo amor de mi Dios.*

*Os admiro, porque siempre
de mi sueño entre los velos
en el azul de los cielos,
y entre la espuma del mar;
os veo tiernas y amantes
envolver en vuestro manto
las blancas gotas de llanto
que habeis venido á enjugar.*

*Y os diviso entre los bosques
que presencian la batalla
dó el fiero cañon estalla
con estruendo aterrador;
y doquiera que hay peligros
y tristeza que consume,
Allí se aspira el perfume
de vuestro célico amor.*

*En vano el fiero cuchillo
de la peste destructora
vá cortando hora por hora
las victimas del dolor
que siempre la santa hermana
de la caridad hermosa
enjuga dulce y piadosa
del moribundo el sudor.*

*En vano el cañon airado
con su pavoroso estruendo,
va sus victimas haciendo
contadas de mil en mil;
que siempre esa Virgen pura
sublime, cándida y fuerte
cura las llagas de muerte
con su mano juvenil.*

*En vano los anchos mares
baten sus ondas de espuma
bajo la pesada bruma
del huracan destructor:
que cruzando los espacios
de las aguas azuladas,
vã á calmar con sus miradas
de otra region el dolor.*

*Que no teme de los mares
los furores, ni que el hilo
de su vida, rompa el filo
del alfange aterrador;
y á Dios consagra su vida
y á la humanidad entera,
y su premio eterno espera
en otro mundo mejor.*

*Mas ¡ay! que en vano me afano
en describir la belleza
de esa flor de la pureza
ángel de paz y de amor.
porque es mas grande su gracia,
mas excelsa su dulzura,
mas sublime la hermosura
de su piadoso candor.*

*¿Quién ¡ay! contará las gotas
de ese llanto evaporado
entre el suspiro apenado
del que cesa de vivir,
y cuyo sudor helado
enjuga la mano amada
de esa azucena nevada
que le ofrece su existir?*

*¿Quién puede contar las perlas
de esa Virgen pudorosa
que ofrece su vida hermosa
por la santa religion;
y heroica é inocente,
sencilla, fascinadora
sublime, arrebatadora
de su virgen corazon?*

*Nadie, nadie; que tan solo
quién vive cual vive ella
de esa candorosa estrella
puede la luz contemplar.
Solo el que viva á su lado
admirando sus desvelos
puede recorrer sus velos
y verla cual es brillar?*

*Que es muy grande su ecœlencia
y muy sublime el perfume
que sus alientos consume
en las copas del dolor.
Y para Él se consagra
y en Él vive transformada
y en Él exhala abismada
su último soplo de amor.*

Maria Hurtado.

¡HAY MAS ALLÁ!

NOVELA ORIGINAL

POR

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuacion.)

Es verdad que la pobre niña tenia que andar legua y meddia todas las mañanas; que tenia que caminar mal vestida, tiritando, mojada, pero ella aseguraba que esto no le producía molestia alguna, pues ya estaba acostumbrada á ello, y que los quince ó veinte cuartos que ganaba, era una recompensa sobrada para tan poco trabajo.

Oh! con aquella corta cantidad podia Nina asegurar que sus padres adoptivos tenian pan á lo menos todos los dias.

Mucho tiempo se paso de esta manera.

Nina crecia, y aun que palida y enflaquecida, su rostro era tan dulce, su mirada tan pura, se transparentaba en ella de tal modo su alma angelical y noble, que inspiraba cariño y simpatia á todos cuantos la veian pasar á su lado.

En su acento sobre todo, en el sonido de su voz habia un encanto tan inesplicable, que era imposible oirla sin sentirse subyugado por su palabra.

Cuando Nina en presencia de su padre adoptivo, bendecía á Dios por los beneficios que les dispensaba, los labios del anciano se movian imperceptiblemente, y como impulsado por una fuerza superior, repetia las palabras de aquella niña encantadora, único rayo de sol que Diós hacia brillar en la noche larga y penosa de su existencia.

Y, ¿quién sabe? quizá aquellas palabras resonaban en el cielo, haciendo bajar la esperanza como un rocío divino, ha refrezcar las marchitas flores de la creencia y del amor, en aquel corazon helado y muerto hacia muchos años.

La niña huérfana habia crecido, y empezaba á desarrollarse y á convertirse en muger, y aunque no podía llamársela bella, por que la miseria y el hambre afean el rostro, y no dan distincion ni gallardia al talle, era tan dulce tan simpática, tan bondadosa, que no se la podia ver una vez sin amarla, y sin sentir el deseo de estar á su lado.

Aquella criatura, cuya vida se deslizaba entre gente tosca y sin instruccion, tenia sin embargo un no se que de elevado y digno, que no se comprendia á primera vista.

Es verdad que el anciano cura al darla su leccion todas las noches, habia procurado despertar en su alma todos los buenos sentimientos que se encerraban en ella: es verdad que le habia inspirado un gusto estremado por la lectura, y que no hay un amigo que mas interese, ni un maestro que mas enseñe que un buen libro, sobre todo cuando su lectura ejerce su influencia en un alma sencilla y aislada, y en una imaginacion poética á soñadora.

Nina, replegada en sí misma, sin mas compañía que aquella ciega que solo sabia rezar, amar y sufrir: yaquel viejo mendigo, sombrío siempre, y siempre silencioso: comprendiendo por otra parte que era pobre y sin nombre, habia contraído cierta timidez, cierta humildad, que la sentaban admirablemente, y que inspiraba á todo el que la trataba un sentimiento, mitad de lástima, mitad de admiracion; por que la virtud se hace admirar donde quiera, ya sea añadiendo un florón mas á la corona del rico, ya sea brillando como única y sola flor sobre la frente del pobre.

El mayor encanto de Nina consistia en su voz.

Aquella niña tenia un tesoro en su garganta.

El ruiseñor hubiera envidiado la flexibilidad y la dulzura de su canto.

Y casi nadie la oia, apesar de esto.

Ella solo cantaba como el pajarillo, en la estension de los campos y en medio de la soledad.

Una vez sin embargo, y casi sin que Nina

se diera cuenta de ello, todos pudieron admirarla y todos quedaron absortos y sojuzgados por su ascendiente.

Era una tarde del mes de Mayo.

Las almas piadosas ofrecian á los pies de la Virgen sin mancilla, las flores de los campos, abiertas por el soplo de la primavera, y las flores de sus almas, iluminadas por el sol de la piedad y la devocion.

Entre las nubes del incienso, y entre las armonías suaves del órgano, subian al trono de la Madre del Amor hermoso mil cánticos, hijos del corazon de aquellos sencillos aldeanos. Mas entre todas aquellas voces se distinguió una tan dulce, tan vibrante, tan sonora, que las demás enmudecieron para escucharla como si una fuerza misteriosa les hubiera obligado á ello.

Aquella voz era la de Nina.

En su religioso entusiasmo, en la ardiente fé y el santo amor que inspiraban su tierno acento, la niña no se apercibió que habia quedado sola.

Siguió pues modulando aquellas frases sentidas, aquellas emanaciones de su alma, tan delicadas, tan fujitivas, tan suaves como el aroma de las magnolias y los jazmines que cubrian el altar.

Aquella armonia misteriosa y casi divina, duró largo rato.

El corazon ferviente de Nina se exhalaba entre aquellos sonos: todas las ternuras, todas las caricias, todos los anhelos de aquel alma triste y amorosa, se transparentaban en aquel canto, del cual cada vibracion era un suspiro y cada nota era una lágrima.

Cuando concluyó, por todas las mejillas corria el llanto!

Ella apenas se habia apercibido de su accion.

El anciano sacerdote la llamó aquella noche para preguntarle á quien la habia enseñado aquella música.

—A mí? oh! nadie, bien lo sabe V.

—Entonces como has podido dominar y hacer sentir de ese modo á cuantos te hemos escuchado?

—Yo! exclamó Nina admirada, pues acaso se han fijado en mí?

—Sí, hija mia, y con sobrada razon por cierto.

—Y yo juzgaba que solo la Virgen me escucharía! respondió la niña con sencillez: ¡en ella pensaba, á ella dirigia mi corazon, y me olvidaba de todo lo demás!

—Bien, bien, murmuró el sacerdote conmovido, pues es preciso que todas las tardes vengas, que cantes todas las tardes.

—Como V. mande, padre mio.

—No hay mas que hablar. Ven con Lucía, y

si Agustín quisiera acompañarte....

—Oh! eso es difícil! ya sabe V. que nunca sale de casa, está tan enfermo!

El anciano suspiró y movió tristemente la cabeza.

—Confía tanto de aquella voz!

Sin embargo, nada podía hacer, y era preciso esperar todo del tiempo ó de la casualidad.

Esta no se hizo esperar.

Un día, y en medio del asombro general, un carruaje blasonado cruzó las calles del pueblo y fué á detenerse ante la puerta de la modesta iglesia.

Un hombre anciano, bien vestido y con aire un tanto desdeñoso y altivo, se apeó de él y preguntó al primero que se le acercó cuál era la casa del párroco, ó donde podría encontrarle.

Una muchacha que oyó la pregunta, le indicó la morada del padre Antonio, diciéndole al mismo tiempo.

—Ahora estará allí su mercéd, pues así que dice misa y despacha en la iglesia, no vuelve á salir hasta la tarde para ver á los enfermos que hay en el pueblo, ó dar un paseo por el campo.

El forastero no se dignó siquiera contestar á la niña y se encaminó á la puerta que le habia indicado.

Una vez allí pidió ser presentado al sacerdote con quien dijo que necesitaba hablar en secreto.

El cochero habia recibido orden de buscar una posada y de esperar en ella al desconocido.

Cuando el padre Antonio recibió en su humilde despacho al forastero, le rogó que tomase asiento y lo hizo él á su vez, esperando saber á quien hablaba y que era en lo que el podía ser útil al que habia venido á buscarle.

El desconocido tenia todo el orgullo y la altanería que dá el dinero, sin poseer la distincion del hombre rico y bien nacido.

Miró con desden cuanto le rodeaba, y dirigiéndose al anciano.

—Creo, dijo, que estoy hablando con el párroco de este pueblo?

—Si señor, respondió con dulzura el padre Antonio, yo soy el que V. indica,

—Y ¿hace ya muchos años que desempeña V. ese cargo?

—Oh! sí; mucho! mas de treinta ejerzo aquí mi santo ministerio.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UN REINO POR UN AZOR.

Legenda del siglo X.

Reinaba en Leon por los años de 930 D. Sancho I, el que por su excesiva gordura adquirió el sobrenombre del *Craso*. Los grandes del reino unidos con el conde feudatario de Castilla Fernan-Gonzales, se aprovecharon de la paralización en que estaban los negocios, pues el rey no podia dedicarse á ellos á causa de su obesidad se insurreccionaron contra él, y le obligaron á refugiarse en la corte de su tío Garci-Sanchez, rey de Aragon.

—Por san Antonio, le dijo este al verlo llegar, no creo que morirás de tisis, mi querido sobrino.

—Me han arrojado de mi reino los traidores, y para reconquistarlo, acudo á vos, mi señor tío, para que me ayudeis con socorros y consejos.

—Pero sobrino, ¿no ves que la gordura es una verdadera enfermedad? repuso D. Garcia; antes que todo es preciso enflaquecer, para lo cual te aconsejo que inmediatamente vayas á Córdoba, y en la corte de Abderramen hallarás un médico que te liberte de tu dolencia.

En efecto, Córdoba encerraba en aquella época cuanto mas eminente habia en ciencias y artes en España.

El destronado monarca fué á la corte del rey moro, y se puso en manos de los médicos cordobeses, los que le prescribieron que se frotase el cuerpo con cierta planta, cuyo nombre desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros; siendo preciso además, que mezclase á su jugo la grasa de un animal montaraz, á quien él mismo hubiese muerto en la caza.

De adivinar es el asombro de D. Sancho al oír una medicina mucho peor que la enfermedad. ¿Cómo podría, estando tan grueso, correr por medio de los campos en el rigor de un día caluroso de Andalucía? ¿Cómo podrian resistir á la fatiga y al calor sus miembros débiles y sin energía? En vano instó á los doctores para que variasen el medicamento, pues fueron inflexibles; y como es forzoso que un enfermo se someta á las recetas de un médico, ya sea rey, ya sea un pobre, á trueque de recobrar la salud, tuvo que someterse don Sancho á lo que exigieron de él; y poco á poco llegó á tomarle gusto á la medicina. Despues se aficionó tanto á ella, que atacaba á toda especie de animales rindiéndoles á la carrera, de modo que cuando conseguia cogerlos y darse fricciones con su grasa, iba desapareciendo sensiblemente su obesidad, así como se vé desaparecer la nieve que cubre la sierra nevada al calor del sol de Julio.

Mientras que D. Sancho se curaba de esta manera, los grandes de Leon, y Fernan Gonzalez habian alzado por Rey al príncipe Ordoño, hijo de Alfonso IV el monje á quien aquel habia dado su hija Urraca por esposa. Mas al ver su incapacidad para reinar, su tiranía y su cobardía, se convirtieron en enemigos sus mas celosos partidarios; de modo que cuando Sancho, endurecido con las fatigas y con los trabajos, se presentó á reconquistar su reino, auxiliado de un ejército moro que puso á sus órdenes el monarca cordobés, el usurpador, que habia adquirido el nombre del *malo*, no halló apoyo en ninguna parte, y tuvo que huir, buscando auxilio y abrigo en su suegro; pero este, como soldado valiente

despreció al cobarde Ordoño, y teniendo á menos llamarle hijo suyo, le quitó su hija conque le habia casado, y además le arrojó de sus estados á tierra de moros en donde murió.

Dsembarazado D. Sancho de su competidor no tardó en pacificar el reino; mas para llegar á restablecer el orden y la tranquilidad sobre las bases mas sólidas, convocó cortes generales en la ciudad de Leon (año de 932) á las que asistieron todos los grandes vasallos feudatarios de la corona. Uno de estos, y el más poderoso, era Fernan Gonzalez el que temia presentarse al rey temeroso de su resentimiento; pero D. Sancho lejos de manifestarse ofendido, acogió al conde con la mayor cortesania y amabilidad.

Salió de la ciudad para recibirle, y le felicitó por su llegada, cumplimentándole al propio tiempo por el lujo y gusto de sus equipajes. En efecto venia montado sobre un corcel andaluz, el mas hermoso que habia despuntado la yerba en las riberas del Guadalquivir; llevaba sobre su guantelete un precioso azor cuya cabeza estaba cubierta con una caperuza, y los piés adornados de anillos de plata, en que estaba grabado el nombre de su dueño, y de cascabeles del mismo metal.

—Por Santiago que teneis un magnífico potro, conde; pero este azor sobre todo, debe agarrar con mucha destreza á una perdiz.

Y como habia adquirido en Córdoba la afición á la caza no cesaba de repetir á cada momento: «hermoso azor, precioso animal.»

—Está á la disposicion de V. A. si gusta de él, le respondió Fernan Gonzalez, el que hubiera regalado con mucho gusto el ave y el caballo, con tal de consolidar con semejante presente su reconciliacion con el rey; mas este no quiso recibirlos, sino comprarlos, y se fijó el precio en dos marcos de oro, suma bastante insignificante en comparacion del caballo y del azor; pero demasiado excesiva para Sancho en aquellas circunstancias en que se veia muy apurado por los gastos de la guerra: sin embargo se obligó á satisfacerlos en el término de un año; y á fin de pagar la deuda, exigió que el contrato de venta se hiciese por escrito, y que se insertase en él la cláusula de que, si para el día fijado no habia satisfecho los dos marcos de oro, se iria doblando esta cantidad cada uno de los que pasasen sia verificar el pago.

Despues de cuatro años volvió el rey D. Sancho á reunir córtes (936). El conde Fernan Gonzalez acudió sin desconfianza á Leon; pero no fué acogido con la misma distincion que la primera vez: antes por el contrario fué arrojado en un calabozo de orden del rey instigado por su madre doña Teresa, que odiaba al conde, y que además no tenia ya la prepotencia de sus señores feudales despues de un reinado tranquilo durante cuatro años, en los que habia afirmado su trono antes vacilante.

Irritáronse sobremanera los castellanos cuando supieron la traicion de don Sancho y la desgracia de su señor, y acudieron á las armas para arrancarlo á viva fuerza de la prision en que yacia; pero la condesa doña Sancha, cuya resolucion y valor igualaban á su hermosura y al cariño que tenia á su esposo, se opuso á que tomasen las armas sus vasallos; pues previa grandes desgracias para sus pueblos, y anunció que ella buscaría los medios de libertarle, á cuyo fin iba en peregrinacion á Santiago de Compostela.

Púsose en marcha efectivamente á pié y con el traje de peregrino, y al pasar por Leon, para ir á Galicia, so-

licitó en una audiencia que pidió al rey, el favor de visitar á su marido.

—Larguísimo viage habeis emprendido, señora, la dijo don Sancho, y me temo que de nada sirva á vuestro esposo ni vuestra peregrinacion, ni esta prueba de cariño.

—Quién sabe, señor! Tal vez consiga su libertad: tengo infinita confianza en Dios.

—Por lo demas, prosiguió el rey, no tengo inconveniente en conceder una visita á tan apuesta dama, á quien sientan maravillosamente los vestidos de peregrina.

—Poned al conde en libertad, don Sancho.

—Esto es imposible; y además, seria privar al señor Santiago, mi venerado patron á quien vais á visitar, del mérito de hacer un milagro que no debo disputarle; pero aparte de este favor os juro concederos el primero que nos pidais.

Condujeron á la condesa á la prision de su esposo al que le quitaron las cadenas, y pasaron allí solos la noche; al amanecer llamó doña Sancha á los carceleros para que la abriesen las puertas, y salió un peregrino. Era el conde que, habiéndose cubierto con el ropon y sombrero que tenia su esposa, se escapó de la prision y fuera de la ciudad se reunió á unos cuantos caballeros castellanos que allí le aguardaban, y tomó á galope la vuelta de Burgos; en donde á poco tiempo llegó la condesa, la que descubierta por los guardas y presentada á don Sancho, le manifestó la astucia de que se habia valido para libertar al conde, y le pidió el cumplimiento de su palabra, á lo que no se negó el rey de Leon.

Apenas Fernan Gonzalez llegó á Castilla, cuando aprestó tropas numerosas, y empezó á correr por tierras de Leon, proclamando que el rey no le habia pagado las deudas que con él tenia contraídas, sino prendiéndole y cargándole de cadenas; pero que por la fuerza de las armas se haria pagar el precio del azor, puesto que D. Sancho se negaba á ello.

El rey por su parte convocó á los grandes del reino, y aquel y estos convinieron en que no era propio de caballeros marchar en contra del conde sin haberle pagado antes.

—Maese Jezrael, dijo don Sancho á su tesorero, haced la cuenta de lo que se debe al conde, y despues de pagarle al conde trataremos de castigar su insolencia y osadia.

—Y se han de comprender en la cuenta los intereses en razon de la tardanza en el pago? preguntó el judío que al mirar el contrato, vió que el término habia pasado hacia ya tres años.

—De qué intereses estás hablando, preguntó don Sancho, no estás viendo que la suma se habia de doblar cada día de retardo?

—Jehovah! Jehova! esciamó el judío; esta si que es una usura que jamás habria yo inventado: pero esto va á ser una cantidad enorme, y será preciso doblar 1095 veces la deuda primitiva.

—No importa, no importa; contestó el rey conmovido con esta observacion; cuenta, y paga.

No era una cosa tan facil ni lo uno ni lo otro: faltaban siete siglos para que naciera Neper, baron de Markiston y que este inventase en 1614 los logaritmos que facilitan y simplifican los cálculos de la especie del que el judío Jezrael traía entre manos: y en verdad que no es cosa tan fácil ni tan pronta doblar 1095 veces una suma sin hacer uso de la progresion.

Al día siguiente, impaciente don Sancho de la tardanza

za en ejecutar sus órdenes. llamó á su tesorero y le dijo: ¿habeis concluido vuestro cálculo? ¿puedo ya marchar á combatir á un vasallo turbulento?

—Señor, mirad aquí diez y ocho pergamínos llenos de números, y todavía estoy en la 542 multiplicacion, advirtiendolos que el total que produce, excede á todo cuanto poseeis y sobrepuja á todo cuanto la imaginacion puede concebir.

—Sin embargo, repuso el rey, continuad; yo pediré prestado para completar la suma la que volveré á tomar al rebelde así que le haya vencido.

El judío continuó su cálculo, y al día siguiente presentó el resultado. Pare expresar este total se necesitan 330 números. (1)

—Es una suma considerable por vida mia, dijo don Sancho; y no se puede rebajar nada?

—Ni un maravedí, respondió Jezrael.

—Pues es preciso pagarla.

—Pero no considera V. A....

—No considero nada: debo y es preciso pagar, contestó el rey irritado.

—Es que no tenemos suficientes dinero para pagar: aunque supongamos por un momento redonda la tierra y de una circunferencia de 900 leguas, y que fuese de oro finísimo; no pesaria sino cerca de 8 octillones, 310 setillones de marco; cantidad tan minima en comparacion de la que tenéis que pagar, que aun cuando tuvieseis un millon de millones de balanzas, de los cuales cada una pudiera pesar en cada segundo, un millon de millones de montes de oro tan grandes como la tierra, trabajando sin interrupcion los 31 quatillones 536 cuatrillones de los minutos que contienen mil centenares de millones de siglos, y que Dios os hiciese la gracia de vivir todo este tiempo, no llegaríais á pesar sino una suma insignificante en comparacion de lo que debeis. Por lo que podeis tranquilizaros, puesto que no os debeis considerar como comprometido á pagar una cosa, que en el hecho de ser imposible, no tiene fuerza ni valor.

—No lo entiendo yo de esta manera, contestó don Sancho; no quiero yo que se diga que un rey de España ha faltado á su palabra: es forzoso que, á lo menos, se considere libre de su empeño por medio de una transaccion honrosa.

Empezaron las negociaciones, y el conde Fernan Gonzalez se contentó, por precio del azor que habia vendido con erigir su condado en estado independiente. Este fué el primer conde soberano de Castilla, y dos siglos despues, en el reinado de Fernando I, y en tiempo del Cid Ruy Diaz de Vivar, y en el siglo XI, se reunió nuevamente este condado á la corona de Leon, y sus soberanos tomaron por primera vez el título de reyes de Leon y de Castilla.

L. M.

(1) Este total corresponde al logaritmo 62, 785 precedido de la característica 329; es decir, una cantidad expresada en cincuenta y cuatrillones que corresponde al período 55 de seis notas.

CORRESPONDENCIA.

Escañuela. Señor don J. Y., con los 92 rs. que envia queda saldada toda la cuenta hasta fin de marzo del 80.

Navia de Lueca. Señora doña J. A. de C., recibí los 44 rs., hecha la distribucion como desea, dejando abonado su señor hermano con los 20 rs. hasta fin de febrero y V. hasta fin de abril del 80.

Nalda. Señor don M. O., con los 20 rs. que por doña T. O. envia, deja pagado hasta fin de junio del 80.

Priego. Señora doña C. L. de B., recibí los 20 rs. abonado hasta fin de febrero del 80.

Salamanca. Señor don G. A., tiene abonado hasta fin de octubre del 80.

Tarifa. Señora doña R. G., recibí los 23 rs.

Villa Martin. Señora doña P. R., con los 16 rs. deja abonado hasta fin de junio del 80.

Vich. Señora doña D. P. de C., recibí los 26 rs. que por V. envia su señor esposo don L. M. C., con los cuales paga hasta fin de setiembre del 80, le remitimos el número que le falta.

Zafarraya. Señora doña D. V., recibí los 16 reales, deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

Herreruela. Señor don J. M., recibidas las 9 pesetas, deja abonado hasta fin de abril del 80.

Sevilla. Señora doña D. S., recibidos los 28 rs., dejando abonado el periódico hasta fin de diciembre del 80.

Idem. Señor don A. G., en nuestro poder los 14 rs.

Sobrado. Señor don R. P., recibidos los 10 reales.

San Ildefonso. Señora doña J. S. W., solo debe á esta Administracion hasta fin de diciembre del 79, 4 reales.

San Miguel de Tenerife. Señora doña S. A. G., recibidos los 22 reales y le remitimos los números que pide.

San Vicente de Sonsierra. Señor don F. L., con los 8 rs. que envia deja pagado hasta fin de agosto del 80.

Idem. Señor don S. O., con los 12 rs. que envia deja abonado hasta fin de Abril del 80.

Segovia. Señora doña E. L. O., conformes con su cuenta.

Torrelepaja. Señora doña A. M. G., en nuestro poder los 14 reales.

Torremocha de Ayllon. Señor don L. L., de los 28 rs., que envia, hemos anotado á V. y á don E. S. lo que corresponde para dejar á saldo su cuenta.

Cob. Señor don S. V., recibidos los 11 rs., deja abonado hasta fin de marzo del 80.

Cádiz. Señor don F. R., resta usted 8 reales hasta fin de diciembre del 79. Remitanos la nota de los números que le faltan y se le enviarán,

Herramelluri. Señora doña A. M. R., con los 16 reales que envia deja pagado hasta fin de Junio del 80.

Villadiezma. Señora doña L. N., envío los números que faltan, doña D. T. debe 4 rs. hasta fin del 79.

Villafranca. Señora doña S. de B., recibí los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80. Doy á V. las gracias por su bondad en contestar al encargo que le hice.

La Directora.

Granada. —Imprenta de «La Madre de Familias»